

LOS CRONISTAS DE "LA VOZ"

CHARLAS

Estas cosas se enredan como las ovejunas, ó como las discusiones municipales, que suelen acabar ahora en folletos verdaderamente lamentables por los gritos que á consecuencia de ellos dan los concajales en las sesiones secretas que celebran.

Lo que ayer decíamos respecto á lo que viene ocurriendo en el paseo del Príncipe de Asturias, hizo que un amigo nuestro se acercase á preguntarnos: ¿por qué no se ocupan ustedes de lo que ocurre en el muelle?

Por una razón muy sencilla, le contestamos. Porque nosotros no tenemos la absurda pretensión de saberlo todo y por lo tanto, necesitamos que los amigos nos ayuden con sus noticias y con sus informaciones. Usted, por lo visto, está enterado de que en el muelle ocurren cosas que no deben ocurrir, y por lo tanto, usted tiene la obligación de contribuir, como ciudadano consciente que es, á que las autoridades las eviten ó las corrijan.

¡Pues sí, señor—dijo nuestro interlocutor y amigo—en el muelle, no hay ni tranquilidad, ni cosa segura. Aquello es el patio de Monipodio; un pequeño presidio suelto!

Como saben ustedes, en el muelle hay innumerables montones de carbón, cajas de pescado y otras mercancías y como es natural, todo ello atrae la codicia de esas innumerables bandas de ladronzuelos que pulsan por allí como las ratas.

Los propietarios de esos carbones tienen allí puestos por su cuenta varios guardas particulares, porque ya saben que si confían en la acción oficial, ya mañana menos pensada se encuentran con que el carbón ha sido trasladado de domicilio y hasta han barrido los muelles para llevarse el polvo. Pero si no se deciden á empezar á tirar, la acción de esos guardas particulares, va á continuar siendo completamente ineficaz.

¿Por qué? ¡Pues muy sencillamente: porque los ratones—con honores de ladrones—se ríen de ellos con la mayor impunidad!

Días pasados, uno de los señores propietarios de carbones sorprendió á un individuo que ya tenía cargado medio saco y continuaba llenándolo. Cuando increpó

al ladrón, éste, lejos de huir se puso á insultarlo groseramente, pero como el dueño del carbón era más fuerte, tiró al del carbón barato y lo entregó á un agente de la autoridad—no sabemos si celador, guardia de Seguridad, ó vigilante de la Policía—el cual lo condujo á la Inspección gubernativa, donde realmente obraron con una extraordinaria energía.

Tan enérgicos estuvieron, que le rieron mucho; le afearon su conducta que no le podrá conducir á nada bueno y después de exhortarle á que fuese buen chico en lo sucesivo, lo pusieron en libertad con todos los pronunciamientos favorables.

Claro es que el ladronzuelo prometió que en lo sucesivo—lo menos en media hora—no había de robar más y con cara sonriente se fué otra vez al muelle á soltar la carejada.

Eso, según se nos dice, no es caso único, y este procedimiento tan suave, pero tan depresivo para la autoridad que hace una captura, no debe ser extraño á la pasividad con que obra, por ejemplo, la Guardia Municipal.

Y ello es sumamente lógico: ¿con qué celo, con qué entusiasmo va un celador á cumplir con su deber deteniendo á un ratero, si al poco rato vuelve éste á reirse del celador en el mismo campo de sus hazañas?

¿Y es así como se van á suprimir los robos en esta sin par ciudad, donde entre sus bellezas, contaba cantos, la de que no se robaba?

No somos nosotros solos; no basta invocar para disculparse ante quien acoge conplacido la disculpa siempre que se base en algo que le sea agradable, el decir que es una manía nuestra—ya que no puedan decir nada peor—esta de cen-

surar á la policía. No somos nosotros solos, no; es la ciudad entera, que vé con pena que merezca á ineptitudes, tonterías, desidias y pasividades, San Sebastián es campo de experimentación de toda clase de ladrones, estafadores y genio maleante; que vé ampañado su buen nombre, por cosas en las que ninguna culpa tiene. No censuramos á la actual policía, entre la que nos complacemos en reconocer que hay funcionarios inteligentes; censuramos á ésta y á la anterior y á la que estuvo antes, y á la más remota todavía... á todos porque poco á poco y de abandono en abandono, se ha llegado á esto.

Innumerables veces hemos pedido á la policía que haga una leva de gente maleante, de esa que vive ó al mangle del Código ó un poquito dentro de la malla. Anteanoche, un colega hacía la misma petición.

Podremos esperar que la policía se dé por enterada? ¿Será una fortuna para todos!...

Nuevos almacenes de hierros

MENDIA y MURUA

Se acaban de recibir grandes partidas de

Redondos y cuadrados de 5 á 100 m/m. Angulos y simples tes de 20 á 90 m/m.
Chapas negras de 1 á 10 m/m. Pletinas y llantas.

Vigas doble T y U de 80 á 320 mjm

(suministradas á medidas fijas)

PARA HORMIGON ARMADO

Rollos de 5 á 10 mjm. Redondos de 12 á 30 mjm en largos de 12 mts.

Calle San Francisco. - SAN SEBASTIAN

Pedidos al teléfono 11-43

OFICINA GENERAL DE SUSTITUCIONES Y AGENCIA DE QUINTAS MATRICULADA

José M.^a de Lara

Oficinas Centrales en MADRID: Calle de Pelayo, 47.-Teléfono 53-57 M

Oficinas Sucursales en ZARAGOZA: Calle de Cervantes, 38.-Teléfono 1628

Sustitución del servicio activo en Africa

A los mozos de 1920 (antes del sorteo en la Caja de Reclutas) Pesetas 450
A los mozos de 1921 (antes del sorteo en el Ayuntamiento) Pesetas 250

Esta Empresa, hoy la más importante de España, es la que más contratados le cayeron para Africa en las Cajas de Recluta, habiendo puesto sustitución á todos sus contratados, aun pagándolos á precios muy elevados.

Se desean Representantes en todos los pueblos de esta provincia.

Los interesados que tengan prestando servicio militar en las plazas de Africa ó algún recluta de reemplazos anteriores, y deseen que regrese á continuarlo en la Península, pueden dirigirse á esta CASA para que sean substituidos en dicho destino.

Catecismo de maquinistas y fogoneros

Esta obra es de gran utilidad para los que se dedican al manejo de toda clase de máquinas de vapor.

Ha sido publicada por la Asociación de Ingenieros de Lleja y traducida á español por J. Malgor, ex-director de las minas de Recoin.

Se vende en la Administración de este periódico á 2'50 pesetas el ejemplar.
Teléfono número 4-12

SE ALQUILA

en Pasajes (Molinao), espacioso almacén. Informarán en San Sebastián, calle Miracruz X. 2.^a planta.

Ocasión

Se vende una máquina de escribir en muy buen estado, marca "Empire", en 250 pesetas. Razón en esta Administración.

Magnífica ocasión

Automóvil nuevo marca GREGOIRE, forma torpedo-sport de 15 HP, arranque y alumbrado eléctricos. Para precios dirigirse Garago Damborenea.

FOLLETÓN DE LA VOZ

17 de Octubre.

73

Esta obra es propiedad de la Casa editorial MAUCI de Barcelona.

Justicia divina

en María dolorosa sensación ó hizo estremecer á Satanela.

—De modo que todas las culpas han de caer sobre mí, que fui el menos culpable. Yo paso por ser un asesino, mientras que el conde Altieri ese miserable aventurero, ese ladrón...

—Calle, calle.

Un grito sordo se escapó de la garganta de Simón, que continuó diciendo con creciente cólera:

—¡Callarme!... ¿Por qué?—exclamó—

¿Por qué no se detuvo usted antes de decir á mi hija que yo era ladrón y que tenía las manos bañadas en sangre? ¿Por qué no dice usted á María que su padre es cien veces peor que yo, que maté á una mujer á la que engañé, y que esa mujer era su madre de usted, Satanela?

María miraba á Simón con ojos atónitos y como si no lo comprendiera, pero con una palidez se difundía en su rostro.

Satanela la estrechaba entre sus brazos.

—No lo creas, María, ese hombre miente.

—Eso es la que mienta, la que reniega de su madre para salvar á los hijos del miserable. Niegue usted que el conde es un ladrón, un envenenador, un asesino.

—Lo niego, lo niego. No lo creas, María, este hombre está loco.

—¡Loco yo! Lo veremos—continuó Simón en el colmo del furor.—El loco se ha escapado de la cárcel para hablar á su hija y para vengarse. El loco ha perdido á su hija y no consentirá que otros padres sean felices. Sí, estoy loco, y un loco no es responsable de sus actos. ¿Sabe usted lo que el loco medita? ¡Arrojar en los brazos del conde un cadáver, el de su hija!

Y con ademán rápido, Simón sacó un cuchillo del bolsillo, pretendiendo arrojarlo sobre María.

—Pero entre él y la pobre joven se interpuso Satanela.

—Atrás, asesino, atrás.

—No, he de matarla.

—¡Auxilio, auxilio!

El furor de Simón no tenía límites. El malvado cogió á Satanela por la cintura para apuñalarla de allí.

Ella se resistió y logró desasistirse.

—¡Atrás, atrás!—repitió.

María habíase desmayado.

—¡Fuera!—dijo Simón con voz ronca,— ¡fuera!

—¡Nunca! ¡Socorro, socorro!

El sangre subió á la cabeza de Simón, y con un gesto furibundo levantó el cuchillo y lo hundió dos veces en el pecho de Satanela.

La joven se desplomó sobre el cuerpo de María, murmurando:

—¡Asesino, asesino!

En aquel momento se oyeron pasos en la estancia vecina.

Simón se precipitó hacia la ventana.

La puerta que daba al salón se abrió, y en la alcoba entraron Leonelo, Fernando y la condesa Altieri.

Despertados sobresaltadamente al oír los gritos de Satanela, se levantaron, vistiéndose con premura, pero llegaron demasiado tarde.

Al ver á Satanela bañada en su propia sangre y desplomada sobre María, lanzaron un grito de dolor y desesperación.

Primero creyeron que ambas jóvenes estaban heridas, pero cuando levantaron á Satanela, y mientras Leonelo la vendía sobre un sofá procurando resañar la sangre de su herida, María al calor de los besos de su madre, volvía en sí, implorando socorro.

—¡María, María! Resonécenos, somos nosotros.—dijo la pobre madre, presa de indecible angustia.

—¡Ah! ¿Eres tú, mamá? ¡Salvamos de ese hombre, ¡

—¿De qué hombre?

—De lord Bonfield... que entró aquí. Pronunciaba palabras horrosas, que no recuerdo... Quería matarme... é Irene se interpuso para defenderme... ¡Irene, Irene!

—Se ha salvado—apresuróse á decir la condesa con el corazón desgarrado por tal mentira.

—¿Y aquel hombre?

—Huyó.

Fermando, al ver abierta la ventana, salió inmediatamente al campo en persecución del asesino.

Entretanto, Leonelo, en posesión de su calma y ya tranquilo respecto á María, sólo se ocupó de Satanela.

La trasladó á la estancia vecina la colocó en una cama, y con precaución, le desgarró el ensangrentado vestido, descubriendo dos profundas heridas sobre el seno derecho.

Mientras procuraba resañar la sangre que por ellas brotaba, con trapos mojados en cloruro ferroso, predigaba á la joven los más dulces nombres, contentiendo con dificultad los sollozos que se agolpaban en su garganta y las lágrimas que aflujían á sus ojos.

Pocos minutos después la condesa se acercó al lecho de Satanela. Un criado, sin perder tiempo, fué á la ciudad en busca de un médico.

La condesa, desconsolada, con mirada alóntea y labios descoloridos y entreabiertos, no se apartaba de la herida, que,